Entre la vida y la muerte:

Sola y malherida, incapaz de mover las piernas, comprendió que eran escasas sus probabilidades de sobrevivir ni siquiera una noche en las montañas.

Nicol Dewitt se estremeció al quitar el último poste de su tienda de campaña. El cielo matutino estaba nublado y la temperatura llegaba apenas 4 centígrados bajo 0, en aquel pequeño claro montañés.

Era el viernes 17 de mayo de 1998: el tercer día que iba a durar en su excursión por el bosque Nacional Gruñe, que tiene una extensión de 3000 kilómetros cuadrados. Esta sencilla estudiante de 14 años cursaba 4 bachillerato, siempre le había encantado la vida silvestre, pero hacía muy poco que había empezado a planear su más larga excursión.

Nicol, continuó por el desierto sendero. Hacia las 11 de la mañana llegó a un prado en el cual se acomodó para descansar un rato. Cuando oyó a lo lejos un ruido, comenzó a correr. Se dijo ¡será mejor que siga adelante, sería más rápido seguir por un atajo. Ya iba bajando cuando sintió en su brazo una gota fría, se detuvo para ponerse su chaqueta cuando terminó de ponérsela el aguacero ya era fuerte. Nicol siguió avanzando mientras pudo. Pero al rato, la tempestad desencadenó un trueno ensordecedor. Se ocultó entre los árboles buscando desesperadamente un refugio de la lluvia y el granizo. Alrededor de la 1 de la tarde, en cuanto apareció el sol, la chica salió de los árboles que goteaban. Mirando hacia abajo, sintió caer de pronto un rayo, e instantes después el mundo explotó alrededor de Nicol, con un resplandor brillante que la paralizó.

Al instante, la corriente pulsante del rayo entró en su cuerpo débil, con un estallido ensordecedor y la levantó del suelo, sus músculos se llenaron de violencia y la electricidad le causó espasmos en los vasos sanguíneos, su pelo estaba todo quemado. Conforme la descarga le bajaba por sus frágiles piernas, comenzó a oler a carne chamuscada. Ella se quedó inmóvil, suspensa en aquel intenso calor. Se acabó la descarga y Nicol cayó de inmediato al suelo. La cabeza y la parte superior del tronco le cosquilleaban intensamente, pero no sentía nada de la cintura hacia abajo. De sus labios brotó un murmullo ronco, que decía “¡socorro!”.Ella comprendió lo que debió haber pasado, El rayo había caído sobre ella. Convencida que estaba agonizando comenzó a rezar:”¡Dios Mío! ¡No Me Abandones Por Favor.... ¡” sintió alivio. A pocos minutos se fue el extraño cosquilleo y Nicol levanta lentamente la cabeza. Parece que sigo viva, pensó aturdida. Se estremeció y contuvo las lágrimas de miedo ¿Qué haré, malherida y magullada? Se dio cuenta que estaba lejos del sendero principal. Nicol comprendió que moriría, de no recibir auxilio. Eran escasas las posibilidades de sobrevivir una gélida noche en las montañas. Ya estaba lloviendo de nuevo y soplando el viento helado, pese a su debilidad pensó que necesitaba agua. Empezó a avanzar centímetro a centímetro arrastrando sus inertes piernas, conforme se impulsaba con los brazos, procuraba eludir los bordes de las rocas filosas. No obstante, en un momento dado tuvo una extraña sensación de frío, y al volver la mirada, vio que su pierna izquierda, había pasado por un borde cortante de una roca ¿No debería sentir frío, pensó. Debería dolerme? ¿Qué me pasa?, se tocó la pierna con suavidad, y luego con fuerza. Más adelante encontró un obstáculo al parecer insuperable; un árbol caído de unos veinte metros de longitud. Toda una eternidad para rodearlo. El tronco se levantaba cerca de un metro del suelo. Mientras ella pensaba en voz alta como superar el problema, una voz apareció de la nada a decirle ¡Muévete! ¡Tú puedes lograrlo! La joven respiró luego alzó las piernas y exclamó ¡”vamos”! para darse ánimo. Sólo falta un poco, se dijo mientras luchaba por seguir adelante. Tenía las manos raspadas y adoloridas. Pensó, ahora todo depende de Dios “, cuando de repente se acercaron dos jóvenes quienes la llevaron de inmediato al hospital más cercano, donde se recuperó más rápido de lo que pensaban los doctores, quedando muy asombrados . Luego a los cinco días después de su espantoso percance, Nicol logró ponerse de pie…y dar unos pasos, “Es un milagro, pero debemos reconocer que Nicol es una adolescente muy valiente”. “comenta el doctor James Bush, quien también la atendió. Aunque las cicatrices quedaron por todo su cuerpo, le recordaran siempre la dura prueba. Ahora más que nunca está resuelta a afrontar con valor los retos que le depare la vida”. Me asustan mucho los rayos” confiesa “Pero no puedo dejar que me domine el miedo. He aprendido que soy más fuerte de lo que creía y no me doy por vencida.

¿Y TÚ CÓMO ERES?